



La prensa argentina en los 70 y el “tratamiento de la subversión”

Marcelo Martín López

Question/Cuestión, Nro.71, Vol.3, abril 2022

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e681>

### **La prensa argentina en los 70 y el “tratamiento de la subversión”**

### **The Argentine press in the 70s and the "treatment of subversion"**

**Marcelo Martín López**

Universidad Nacional de Jujuy. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Unidad de  
Investigación en Comunicación, Historia y Memoria.  
Argentina

[martinmlopez78@gmail.com](mailto:martinmlopez78@gmail.com)

<https://orcid.org/0000-0003-2027-8918>

Durante la primera mitad de los 70 en la Argentina, los medios de comunicación introdujeron una redefinición en las significaciones de la esfera sociopolítica, que transformó las concepciones dominantes sobre la oposición política, social y sindical (Finchelstein, 2016; Franco, 2012a, 2012b). Estos nuevos sentidos se constituyeron en razón de la concurrencia de, por un lado, el desarrollo histórico de representaciones sobre la disidencia a los regímenes reaccionarios (caracterizadas desde mediados de los años 50 por extremar las interpretaciones de ese carácter contrario); y, por otro, la apropiación de sentidos introducidos en tiempos de Guerra Fría sobre el comunismo y la recurrencia de pensarlo como un enemigo interno.

La premisa fundamental de los preceptos interpuestos por la Guerra Fría comportaba conferirle carácter interno a la lucha contra el comunismo; de esta forma, el giro estuvo dado en

el desplazamiento de la amenaza contra la nación, antes externa, hacia dentro de las fronteras (Rodríguez Agüero, 2013). Bajo esta prescripción, la oposición política adquirió el carácter de enemigo interno. Esta operación estuvo caracterizada, entre otros elementos, por una sistemática denuncia sobre la “infiltración marxista” en múltiples ámbitos de la sociedad; principalmente en los medios de comunicación. Las imputaciones proferidas sobre este enemigo alertaban sobre la amenaza que implicaba la instalación del comunismo en la región.

El fenómeno que se verificó en la Argentina supuso que los actores colectivos (peronismo, izquierdas, sindicalismo clasista, organizaciones armadas), dado su carácter contestatario, comenzaron a ser pensados en los términos impuestos por la Guerra Fría: enemigos internos, afiliados al marxismo contra la normalidad nacional; “subversivos” en el discurso de la época. No obstante, su relevancia en el período correspondiente a los setenta, el resultado que se observa refiere a procedimientos de construcción de sentidos establecidos en décadas precedentes.

En Argentina, a partir de la deposición del peronismo, se evidenció un fenómeno de represión estatal junto con la implementación en los medios de comunicación de un dispositivo de producción, circulación y reproducción de significaciones, que en definitiva apuntaba a la construcción de nuevas formas de referirse a la oposición política. Con la caída del peronismo, en 1955, se comenzó a notar que la persecución contra sus seguidores se sostenía no solo en la prohibición de hablar públicamente sobre él, sino también en función de designarlo a partir de motes y diagnósticos que expresaban su condición disruptiva. Este carácter fue potenciado por las acciones llevadas a cabo por la resistencia peronista, cuyas tácticas más resonantes referían en gran medida al sabotaje y a la planificación de levantamientos armados. Así, sus militantes y prácticas fueron nombrados a partir de un campo de sentidos ordenado por conceptos como “subversión” y “terrorismo” (Castillo, 2015), sin adquirir todavía el significado que les sería conferido a estos términos en las décadas subsiguientes. La apelación a tales referencias no fue excluyente al peronismo, sino que se extendió hacia organizaciones sindicales y de izquierda, que recibieron el mismo tratamiento por parte de la llamada “revolución libertadora” y regímenes subsiguientes. Estas políticas estatales permiten apreciar la construcción de los marcos simbólicos que facilitaron la germinación de la idea del opositor político como un contendiente al que solo le cabía ser respondido con violencia, en un registro que se aproximaba al del enemigo (1).

Este gobierno instauró un dispositivo que articulaba la represión con la redefinición simbólica de sus oponentes. El carácter distintivo de estas operaciones radicó en que pensar a los opositores como enemigos intensificó el tratamiento violento de lo antagónico. La “revolución libertadora” no fue la primera en utilizar este léxico, sino que la novedad estaba dada al poner esas proposiciones en relación con una nueva forma de concebirlos y “tratarlos” (Castillo, 2015).

La llegada de la Revolución Cubana, a fines de los 50, en el contexto de la Guerra Fría, inauguró una nueva instancia, en la que las formas de significar a los contrarios producidas durante los años precedentes comenzaron a pensarse en torno a fenómenos como el comunismo y la lucha armada, aunque todavía de manera restringida y no de manera pública (Galván, 2017; Osuna y Pontoriero, 2020; Pontoriero, 2016 y 2018; Ranaletti, 2011). Esto encuadró cambios en las concepciones sobre la disidencia política: el giro introducido por la “revolución libertadora” cuajó a partir de las nuevas significaciones dominantes en la figura del enemigo interno.

Estas ideas se hicieron evidentes en la Argentina a partir de la implementación, por parte del Ejército, de la “Doctrina de Seguridad Nacional” norteamericana y la “Doctrina de la Guerra Contrarrevolucionaria”, de origen francés. Estas no solo aportaron los procedimientos militares con los cuales se atacó el “problema del marxismo”, sino también los marcos ideológicos con los que se construyó a ese enemigo (Pontoriero, 2016). En los inicios de los setenta, el escenario de los discursos mediatizados se transformó a partir de la apropiación de este nuevo dispositivo de designación de la otredad, caracterizando, en términos ideológicos, a la oposición política como un enemigo de corte revolucionario (Besoky, 2017).

Los primeros años de la década de 1970 estuvieron marcados por una intensificación del ejercicio de la violencia estatal. Esto no supuso solo una transformación cuantitativa, sino también la incorporación de nuevas estrategias represivas y discursivas dirigidas específicamente a la disidencia política (Franco, 2012a) (2). Estos mecanismos restrictivos fueron desplegados por el Estado y comportaron un aparato complejo de “disciplinamiento” de la “subversión”, en el que intervinieron otros sectores de la sociedad, como escuela, iglesia, sindicatos y medios de comunicación. En este último caso, se puede apreciar una participación de manera activa en la construcción de un consenso social sobre lo que comenzó a denominarse “el problema de la subversión” (Finchelstein, 2016; Franco, 2012a, 2012b). Si

bien el ejercicio de la represión y el tratamiento simbólico de la disidencia política fueron fenómenos entrelazados desde mediados de la década de 1950, las prácticas ejercidas durante los años siguientes estuvieron atravesadas por la preocupación sobre la “subversión” y la lucha contra el “enemigo interno”.

### **Sobre los medios de comunicación y el trabajo ideológico**

Como adelantamos, múltiples y variados fueron los sectores de la sociedad que aportaron a constituir, en la Argentina de fines de la década de 1960 y principios de los 70, un escenario que contribuyó con los mecanismos de construcción de sentidos sobre el peligro del “comunismo” y/o la “subversión”. Entre ellos, los medios de comunicación cumplieron un papel relevante en la producción de discursos proclives a la salida represiva frente a la violencia y su puesta en circulación en el espacio público (Franco, 2012a). Esa relevancia estuvo dada principal, aunque no exclusivamente, en su capacidad de producción de significaciones.

Partimos de la idea de que los medios de comunicación poseen fuerte capacidad productora de significaciones sobre lo social. Los aportes de Alejandra García Vargas (m.s.) nos proponen entenderlos como “constructores activos de sentido” y nos plantean develar los dispositivos de producción de sentidos que en ellos operan. Además, ellos “no pueden considerarse como intermediarios *transparentes* de acontecimientos, sino como productores activos de sentido” (p.2). Por este motivo, no debemos abordarlos como “mediadores asépticos y pasivos de información” (p.2), sino reconociendo su opacidad.

El ejercicio de la capacidad de otorgar sentidos de los medios de comunicación busca multiplicar y reforzar la dominación efectiva por la apropiación de símbolos, por la conjugación de las relaciones de sentido y de poder (García Vargas, m.s.). Revelar estos mecanismos hace posible observar también de qué manera, al dominar las formas de nombrar las cosas, también dominan las cosas (Godelier, 2004).

Estas operaciones de adjudicación de sentido, ejecutadas por la prensa, deben ser entendidas dentro de los límites de lo que Hall (2010) denomina “trabajo ideológico”.

En las sociedades modernas, los diferentes medios de comunicación son sitios de especial importancia para la producción, reproducción y transformación de las

ideologías [...], pues son, por definición, parte de los medios dominantes de producción *ideológica*. Lo que ellos “producen” es, precisamente, representaciones del mundo social, imágenes, descripciones, explicaciones y marcos para entender cómo es el mundo y cómo funciona de la manera como se dice y se muestra que funciona (p.300).

Las ideologías “son los marcos de pensamiento y cálculo sobre el mundo, las ideas que las personas usan para entender cómo funciona el mundo social, cuál es su lugar en él y qué deberían hacer” (Hall, 2010, p.208). Estas no operan en ideas simples, sino en cadenas discursivas, en cúmulos, en campos semánticos, en formaciones discursivas. Aquí los medios de comunicación intervienen en el proceso de producción y reproducción de esas representaciones.

Partimos entonces de la certeza que toda construcción de sentidos es siempre coyuntural y tiene su especificidad histórica. Uno de los problemas que se generan al momento de fijar operaciones de construcción de sentidos con su marco histórico es que esta relación se manifiesta de manera compleja; es decir, en la fusión de varios procesos y contradicciones (Hall, 2010). Esta dificultad se revela, entonces, en la falta de certezas al tratar de establecer relaciones causales o necesarias entre los fenómenos y su coyuntura.

Para “captar el sentido” de un discurso se debe implicar un proceso activo de interpretación. Aspecto esencial este por el cual el sentido se transmite y se obtiene. Sobre eso, Raymond Williams (2001) propone que el desafío radica en inscribir el texto examinado en las condiciones de producción y recepción en las que se halla inserta. En otras palabras, cómo el significado a los que se refieren los significantes cambia históricamente, y cada modificación altera el mapa conceptual de la sociedad, los diferentes grupos, en distintos momentos históricos, clasifican y piensan el mundo de manera desigual.

Así, una primera aproximación a este tema sugiere que el estudio de las dimensiones históricas y discursivas nos permite comprender las condiciones de producción y las operaciones de construcción de sentidos de los medios de comunicación en un proceso complejo. La atención puesta en los procesos históricos constitutivos nos remite a seguir interpretaciones de Hall atendiendo a la producción discursiva y sus implicaciones ideológicas, entendiendo que esta lucha se propone en términos de producción y disputa por el sentido y que, como discurso, contribuye a la producción, circulación y reproducción de significaciones

(Hall, 1980, 1997 y 2010). Esto apunta en líneas generales a considerar que los acontecimientos son transformados en discursos, en cuanto a entidades comunicables y cargadas de sentidos.

Para Hall (1997), el punto principal es que el sentido no es inherente en las cosas: es construido, producido. Es el resultado de una práctica significante: una práctica que origina sentido, que hace que las cosas signifiquen. Es decir, estos mecanismos no solo operan adjudicando características o significados específicos a los fenómenos, sino también construyendo los sistemas de representaciones donde estos cobran sentido.

### **Los medios de comunicación como arena de disputas**

La bibliografía trabajada nos señala que los medios de comunicación participaron, como actores políticos, en la construcción de un escenario solidario con las medidas represivas de la sociedad. Aquí recuperamos la atención a cómo la prensa fue definiendo la existencia de un enemigo de carácter interno, ateo y comunista. Si bien los distintos medios que operaron entre las décadas de 1960 y 1970 respondían a visiones del mundo diferentes, los que observamos para este trabajo estuvieron alineados en torno a un marcado discurso anticomunista.

Este fenómeno no es exclusivo del período estudiado, operaciones de significación sobre un “enemigo” pueden rastrearse, por lo menos, a partir de la caída del gobierno de Perón, con el golpe de estado de 1955. Desde allí comenzaron a tomar relevancia en los discursos estatales la figura de un otro amenazante, aunque todavía sin una fuerte acogida en los medios de comunicación.

Durante la década de 1960, la figura del “enemigo interno” comenzó a ser atendida por la prensa a partir de un sistema de oposiciones que enfrentó comunismo y cristianismo, oriente y occidente, “mundo libre” y “mundo esclavo” (Avellaneda, 2006). Estos mecanismos esbozaron una identificación del “enemigo” y comenzaron a definirlo en torno a definiciones enmarcadas por la Guerra Fría. Los medios de comunicación se ocuparon de establecer rasgos centrales en lo que se entendió como una “infiltración de tipo ideológica”, de los cuales se derivó parte sustancial de la teoría y práctica represivas de los años siguientes (Avellaneda, 2006).

En los periódicos de la época se vio expresado prescripciones devenidas de las Doctrinas de Seguridad Nacional y las de la Guerra Contrarrevolucionaria, que advertían de una virtual “infiltración marxista” en la sociedad. Se caracterizaron “por su antiliberalismo, autoritarismo, corporativismo, militarismo, anticomunismo, antisemitismo, revisionismo, catolicismo y por haber estado centrados en la importancia de la nación” (Besoky, 2017, p.89). Estas ideas no solo aportaron los procedimientos militares con los cuales se atacó el “problema del comunismo”, sino también los marcos ideológicos con los que construyeron a ese enemigo (Pontoriero, 2016).

Los medios construyeron una representación de un “enemigo interno” y la pusieron en circulación en el espacio público en un contexto signado por la represión, la censura y autocensura. Estos factores son imposibles de desvincular de las doctrinas de “Seguridad Nacional” y “Contraingurgencia”, en las que los medios de carácter comercial jugaron un rol más que significativo al responder a lo que se consideró como “periodismo de seguridad nacional” (Mattelart, 1993). La creciente censura a los medios de comunicación estuvo sostenida en la Ley de Defensa de 1966 (3), entre otras. Esta incluyó una fuerte restricción y control del contenido en la prensa, radio, televisión y la prohibición de libros y materiales considerados “subversivos” (Franco, 2012b).

Durante este período, como fuimos adelantando, fueron cobrando fuerza en los medios, términos como “enemigo interno”, “subversivo”, “guerra”, “amenaza interna” y “revolucionario”, vinculados a conceptos articuladores como “paz”, “cultura”, “libertad”, “patria” y “democracia” (Pontoriero, 2016; Rodríguez Agüero, 2013; Avellaneda, 2006; Águila, 2016; Ranalletti, 2011; Galván, 2017). Estas significaciones fueron permeando los discursos estatales y religiosos hasta consolidar dos frentes de batalla: por un lado, estaban aquellos que defendían los valores occidentales, cristianos, capitalistas y nacionales, y por otro, los que trataban de subvertirlos. Los segundos fueron identificados, por parte de la prensa local, como piezas de la “infiltración marxista” en la Argentina. No podemos dejar de destacar, entonces, que la prensa masiva ocupó un espacio fundamental en la producción de sentidos sobre la existencia de un “enemigo interno”. Un ejemplo de esto fue señalado por Franco (2009a), destacando la participación del diario La Nación en esta coyuntura, a partir de la construcción de significaciones en torno a la necesidad de condenar la violencia asociada a la “izquierda subversiva”.

Cabe referirse, dentro del entramado mediático, a los medios partidarios. Los discursos anticomunistas ocuparon, durante fines de los 60, un espacio significativo en la prensa política (4). En ella, se sostuvieron distintas posiciones sobre el “problema de la subversión”, y las medidas que el Estado debía tomar al respecto. Uno de los temas recurrentes en estas publicaciones era la mención al carácter nacionalista de alguna de esas miradas, que se resumía en el slogan “Ni yanquis ni marxistas, peronistas” (Besoky, 2017). Por otro lado, encontramos aquellos que Daniel Mazzei (1990) llamó “semanarios golpistas”. Esta identificación estuvo dada por su participación activa en la opción por los gobiernos militares (5). “Su función fue la de elaborar imágenes con destino a la sociedad civil, retroalimentando el descontento y la actitud golpista de amplios sectores de las fuerzas armadas” (p. 69-70).

También se organizaron publicaciones que, lejos de las posiciones tradicionalistas, canalizaron inquietudes devenidas de las reivindicaciones de procesos vinculados con las transformaciones sociales de la época. Un ejemplo de esto fue la aparición de aquellas que utilizaron sus esfuerzos en multiplicar la mirada “reformista” (6), que proponían, entre otros, los espacios religiosos no alineados con esferas conservadoras de la Iglesia y aquellos provenientes de sectores de izquierda (7).

Al respecto de este fenómeno encontramos un panfleto de corte confesional, denominado “Cura Brochero”. Este boletín circuló principalmente entre las filas militares y eclesiásticas con una marcada denuncia sobre “la infiltración marxista” en la Iglesia Católica.

El panfleto partía del dato –que consideraba incuestionable– de que el “comunismo” había infiltrado la Iglesia latinoamericana en todos los niveles y esferas. Por lo tanto, a lo largo de sus páginas, puso su atención en distintos aspectos del fenómeno: desde las estrategias para combatir “la infiltración marxista”, los métodos de penetración del “enemigo”, desenmascarar a los “curas falsos”, hasta la publicación de listas de sacerdotes “infiltrados”.

Autodenominado como “un informativo de las novedades del frente en la lucha por salvar a la Argentina de la infiltración marxista y de sus operaciones en el campo religioso” (8), el peso de la publicación estaba puesto, ante todo, en la alerta sobre el crecimiento del tercermundismo, como expresión del marxismo, dentro de la Iglesia Católica, y cómo este habría atentado contra valores cristianos fundamentales, como “familia” o “juventud”. La relevancia de la denuncia contra el marxismo en la Iglesia radicó en la importancia que “Cura Brochero” le asignó a esta institución como formadora de valores. Esto se manifestó en cuanto

la publicación de este panfleto se produjo en un contexto de concurrencia de intereses entre sectores políticos y religiosos sobre el destino capitalista, católico y occidental de “la patria” (Lacombe, 2013). Estos eran los rasgos que Cura Brochero advertía que el marxismo quería subvertir.

Cura Brochero apareció en este contexto, operando en el complejo dispositivo de medios. Específicamente, con una fuerte denuncia sobre la “infiltración marxista” en la sociedad. Esta publicación, como adelantamos, alertaba sobre el crecimiento del tercermundismo, como expresión del marxismo, dentro de la Iglesia Católica, y cómo este habría atentado contra la “familia” y la “juventud”. Se autoproclamaba como “un informativo de las novedades del frente en la lucha por salvar a la Argentina de la infiltración marxista y de sus operaciones en el campo religioso” (9).

Tanto los medios que tenían una mirada reformista, como aquellos con una postura “conservadora” (aunque no de manera simétrica) se vieron particularmente involucrados en la batalla por significados de conceptos capaces de definir diversos frentes de cara al nuevo marco geopolítico de posguerra (Galvan, 2017). Además, colaboraron en la construcción, resignificación y circulación de sentidos sobre la sociedad en general y un “enemigo” en particular.

La legitimización y la masividad que los medios de comunicación lograron a partir de la década de 1970 les permitió multiplicar los planteos orientados a constituir un imaginario social definido y aceptado sobre el “enemigo interno subversivo” (Almazan, Dragone, Ochoa y Redondo, 2007). Además, los constituyó como un aliado fundamental en la construcción del consenso a favor de los gobiernos militares en la Argentina (Vitale, 2015). De esta manera, asumieron un rol primordial durante los primeros años de los años 70, definiendo diversas posturas en virtud de sus convicciones ideológicas, sus alianzas, sus simpatías hacia grupos y tradiciones políticas previas, el peso de sus intereses económicos y empresariales, entre otros factores (Orbe, 2013).

La producción de discursos proclives a la salida represiva por parte del Estado, y su puesta en circulación en el espacio público, estuvo dada principal, aunque no exclusivamente, por la capacidad de los medios de comunicación de construir sentidos en torno a la existencia de un “enemigo”, de corte marxista y de carácter “interno” (Franco, 2012a).

En este escenario se intensificaron las precisiones sobre el “enemigo” a partir de la apropiación de este nuevo dispositivo de designación de la otredad, caracterizando, en términos ideológicos, a la oposición política como un enemigo de corte revolucionario (Besoky, 2017). Los marcos interpretativos de esta lucha, heredados de la Guerra Fría y de un plano local marcado por la agudización del conflicto político, fueron construyendo el sentido de un tipo de “enemigo interno”, cuya alteridad lo constituyó en una amenaza para el “cuerpo de la Nación” (Rodríguez Agüero, 2013).

Este recorrido sobre el papel que jugaron los medios de comunicación en estos espacios nos permitió entender que la prensa operaba en dos planos distintos de la lucha por los significados sobre la “infiltración marxista”. Por un lado, era un actor político dedicado a la construcción de sentidos sobre el “enemigo”, y, por otro, era el escenario donde esta batalla se llevaba a cabo. Así, se fue construyendo un imaginario que fue transmitido a la sociedad, basado en la idea de la amenaza del “enemigo subversivo” y de la necesidad de políticas de “seguridad nacional” para enfrentarlo (10).

La posición estratégica que la prensa ostentaba estuvo dada por haberse consolidado, a fines de la década del 60 y principios de los 70, como el medio de comunicación con mayor difusión. Esto, sumado al alto grado de politización de la sociedad de la época, “los convertía en un instrumento fundamental para los debates políticos y en un escenario privilegiado para las disputas de poder entre diferentes grupos” (Iturralde, 2014, p.203). Advertidos por Sgró Ruata y Guzmán (2012), “no podemos ignorar la posibilidad de pensar en la libertad que estos medios pudieron disponer para poner en escena ciertas visiones acerca del mundo y sus peligros” (p. 351).

### **Algunas consideraciones finales**

Enmarcar los discursos sobre el “enemigo” en un contexto histórico específico sugirió que estos respondieron a operaciones de construcción de sentidos más amplios. En este caso, significaciones heredadas de la Guerra Fría y los marcos comprensivos que adquirió el Ejército argentino sobre la lucha contra ese “enemigo”. Esto se hizo evidente en cuanto la denuncia sobre la amenaza de una “infiltración marxista” operó en los mismos términos que las disposiciones de la doctrina de Guerra Contrarrevolucionaria francesa.

La atención dispuesta a estas cuestiones reveló que los significados construidos sobre la disidencia política durante la década de 1960 y 1970 fueron adquiriendo especificidad hasta consolidar un enemigo con características precisas. Estas transformaciones fueron consonantes con el devenir de los conflictos políticos y, sobre todo, con los cambios que se produjeron en el seno de la Iglesia Católica y el Estado argentino. Debe considerarse también que la clave para entender este contexto de beligerancia, entre sectores “conservadores” y “reformistas”, estaba en la oposición entre los “defensores de los valores cristianos” y el “comunismo”.

Se comenzó a concebir la defensa nacional como una cuestión asociada, primordialmente, a la preservación de la seguridad interna frente a “la amenaza del comunismo”, y como parte de una “guerra contra la subversión”. A estos conflictos la prensa los interpretó en términos absolutos de guerra, extremando la polarización de las posiciones políticas e ideológicas y consolidando la idea de que la “infiltración” debía ser erradicada de todo ámbito.

En una primera instancia se pudo interpretar que, durante fines de la década de 1940 y los primeros años de 1950, la existencia de una amenaza, de carácter abstracto, encarnada por el “comunismo ateo” se construyó a partir de una lectura histórica coyuntural en contexto de Guerra Fría. Las claves de análisis propuestas a partir del conflicto entre el bloque occidental liderado por EE.UU. y el oriental representado por la Unión Soviética planteó el temor en la inminente infiltración del comunismo en América Latina. En esos años este “comunismo” se constituyó como una entidad sin un referente empírico concreto. Era una amenaza sin rostro ni nombre y que operaba a partir de mecanismos todavía no muy específicos.

De esta forma, ese enemigo anónimo y abstracto que suponía el avance del comunismo, durante la década de 1960 empezó a tomar cuerpo, encarnándose en la figura del “subversivo”. Es necesario poner atención también en el abandono por parte del Estado de la Doctrina Contrarrevolucionaria francesa y el pasaje hacia los principios de seguridad Nacional norteamericana. Esta transición terminó perfilando los discursos mediáticos en torno a un enemigo concreto, ya instalado dentro de las fronteras de la nación. Los medios de comunicación no solo se hicieron eco de estos discursos, sino que, específicamente, operaron en la caracterización de ese “enemigo” y en la denuncia de sus operaciones dentro de la sociedad.

El análisis de los medios de comunicación nos alertó sobre la recurrencia de ciertos términos o argumentos como indicadores de la importancia asignada al “problema de la infiltración marxista”. Estas interpretaciones exigieron primeramente reparar en los discursos como elementos no transparentes y no naturales, sino como instancias de producción de significaciones determinadas por la ideología. Esta última operó como un trabajo de mediación que intervino en la redefinición de los significados e instaura referencias dominantes.

Advertimos que no siempre fueron utilizados los términos a los que apelamos, “subversivos” o “marxistas”, sino que se recurrió a estrategias de sustitución como en este caso: “No somos ni rusos, ni yanquis (...) ni judíos. No somos latinoamericanos “socializantes” con ideologías y liberaciones de antipatria, ni colonizadores de países vecinos con vocación sospechosa de líderes. Somos argentinos, católicos, apostólicos y romanos.” La posibilidad de identificar estos mecanismos de sustitución, y el reconocimiento del proceso de adjudicación de características específicas a esa amenaza, logró delinear los métodos que utilizaron los medios para construir aquel enemigo.

Estas operaciones discursivas construyeron a toda manifestación política disidente como “elementos subversivos”, operación llevada a cabo en forma conjunta por actores políticos, el Ejército, la Iglesia y los medios de comunicación. Las constantes apelaciones a categorías con significantes vacíos como paz y libertad, muy usados en emblemas militares y estatales, fue un recurso utilizado para contrarrestar cualquier intento de transformación.

Los significados y las connotaciones otorgadas a la figura del “subversivo” cobraron centralidad en el discurso de la época, en la medida en que sirvieron de sustento de aquellos procesos que tuvieron como resultado la restricción, negación y anulación de derechos para determinados sujetos colectivos. A fin de hacer más clara la reflexión podemos analizar un ejemplo. Entre las numerosas operaciones discursivas desplegadas, una parte importante de las acciones se orientó a la construcción discursiva de la militancia política como “subversivos”, “apátridas” y “extranjerizantes”, entre muchos otros calificativos. Quienes resultaron caracterizados de esta forma fueron colocados discursivamente en el lugar de “elementos extraños” a la sociedad. Una vez consolidados estos significados, el pasaje a la negación y anulación de derechos resultó posible.

## Notas

(1) Acontecimientos como el bombardeo a la Plaza de Mayo y los fusilamientos de 1956 nos permiten acercarnos a estas concepciones.

(2) Como muestra de los cambios en la ingeniería represiva, puede observarse la implementación del llamado “Camarón”. La Cámara Federal en lo Penal de la Nación tuvo como meta la persecución y la erradicación de delitos asociados a la “subversión”. Ver al respecto el trabajo de Débora D’Antonio y Ariel Eidelman (2018).

(3) La Ley 16.970 de “Defensa Nacional”, sancionada durante el gobierno de Onganía, sentaba las bases jurídicas, orgánicas y funcionales para la preparación y ejecución de la defensa nacional.

(4) Parte de esta posición estuvo representada en: el semanario nacionalista “Azul y Blanco”, el semanario “Huella”, “Patria Libre”, “Retorno” y la revista “Patria Bárbara”.

(5) Entre ellos señalamos a “Primera Plana” y “Confirmado”. Ambos formaron parte de los grupos de presión que, si bien no participaron de la organización político-militar del golpe de 1966, fueron instrumentos de los factores de poder.

(6) Entre los periódicos que destacamos de este sector, encontramos a: “Cristianismo y Revolución”, “Tierra Nueva”, “Política y Pastoral”, “Coincidencias Básicas”, “Vida en fraternidad”, además de una vasta colección de documentos y proclamas que circularon de manera diseminada. En estas páginas, la acción estaba centrada en la “traducción” y difusión de las novedades en torno al proceso de aggiornamento de la Iglesia Católica a partir del Concilio Vaticano II.

(7) Contemplamos aquí los periódicos sindicales y de partidos políticos, entre otros.

(8) Cura Brochero. N° 4. Buenos Aires. 1972.

(9) Cura Brochero. N° 4. Buenos Aires. 1972.

(10) Para Franco (2009b), discurso y práctica “antissubversivos” se expandieron y retroalimentaron mutuamente contribuyendo a generar, probablemente, amplios consensos sociales cuyo alcance sólo se vería más tarde, con el golpe de estado de 1976.

### Referencias bibliográficas

Águila, G. (2016). Represión clandestina y discursos públicos: los informes oficiales sobre la “lucha antissubversiva” en los años iniciales de la dictadura argentina. *Questões & Debates, Curitiba*, 64 (2), 71-95. <http://doi.org/10.5380/his.v64i2.49734>

Almazán, A., Dragone, J., Ochoa, N. y Redondo, E. (2007). Construcciones de sentido en la Argentina (1975-marzo 1976). El “enemigo interno subversivo”. *VII Jornadas de Sociología*. Buenos Aires, Argentina.

Avellaneda, A. (2006). El discurso de represión cultural (1960-1983). *Revista Escribas*, 3, 31-43.

Besoky, J. (2017). El discurso anticomunista en las publicaciones del peronismo de derecha. *Claves Revista de Historia, Montevideo*, 3 (5), 129-153. <http://doi.org/10.25032/crh.v3i5.156>

Castillo, F. (2015). Regímenes discursivos, desperonización y la Revolución Libertadora. *VII Jornadas de Historia, Memoria y Comunicación*. Bernal, Argentina.

D'Antonio, D. y Eidelman, A. (2018). Poder judicial, represión y violencia política en los setenta: la experiencia del “Camarón”. En D. D'Antonio (Comp.), *Violencia, espionaje y represión estatal. Seis estudios de caso sobre el pasado reciente argentino* (pp. 1-26). Buenos Aires, Argentina: Imago Mundi.

Finchelstein, F. (2016). *Orígenes ideológicos de la “guerra sucia”: fascismo, populismo y dictadura en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

Franco, M. (2009a). La “seguridad nacional” como política estatal en la Argentina de los años setenta. *Antíteses*, 2, 857-885. <http://doi.org/10.5433/1984-3356.2009v2n4p887>.

Franco, M. (2009b). Violencia política, subversión y guerra entre 1973 y 1976. Discursos públicos y prácticas políticas. Ponencia presentada ante las *XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. San Carlos de Bariloche, Argentina.

Franco, M. (2012a). *Un enemigo para la nación: orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Franco, Marina (2012b). Rompecabezas para armar: la seguridad interior como política de Estado en la historia argentina reciente (1958-1976), *Contemporánea*, 3 (3), 77-96. Recuperado de [http://www.geipar.udelar.edu.uy/wp-content/uploads/2014/10/Contemporanea03\\_2012-11-23-webO-04.pdf](http://www.geipar.udelar.edu.uy/wp-content/uploads/2014/10/Contemporanea03_2012-11-23-webO-04.pdf)

Galván, V. (2017). Impacto de la Guerra fría en el discurso político del nacionalismo de derechas argentino de los años sesenta (1955-1969). *Cuadernos de historia*, 47, 85-111. <http://doi.org/10.4067/S0719-12432017000200085>

García Vargas, A. (m.s.). Los medios masivos como fuente para la investigación social: apuntes para una discusión sobre imaginación e información.

Godelier, M. (2004). Poder y lenguaje: reflexiones sobre los paradigmas y las paradojas de la legitimidad de las relaciones de dominación y de opresión. En M. Boivin y A. Rosato (Comp.), *Constructores de otredad*. (pp. 110-114). Buenos Aires, Argentina: Antropofagia.

Hall, S. (1980). Encoding/decoding. En S. Hall, D. Hobson, A. Lowe y P. Willis (Eds.), *Culture, Media, Language. Working Papers in Cultural Studies, 1972-79* (pp. 128-138). Londres, Reino Unido: Routledge: The Centre for Contemporary Cultural Studies, University of Birmingham.

Hall, S. (1997). The work of representation. En S. Hall. (Ed.), *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices* (pp. 13-74). Londres, Reino Unido: Sage Publications.

Hall, S. (Dir.)(2010). *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales. Popayán: Enviñón; Lima: Instituto de Estudios Peruanos; Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana; Quito: Universidad Andina Simón Bolívar*.

Iturralde, M. (2014). Prensa y dictadura en Argentina: el diario Clarín ante las violaciones a los derechos humanos durante la última dictadura militar (1975-1983). *Proyecto Histórica*, 50, 289-303.

Lacombe, E. (2013). Las dos Iglesias: memorias sobre el surgimiento de la corriente tercermundista en Córdoba. *Sociedad y Religión*, 41 (24), 119-150. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=387239044005>

Mattelart, A. (2003). *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Mazzei, D. (1990). *Política y medios de comunicación. El golpe militar de 1966*. (tesis de grado). Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado de <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/2901>

Orbe, P. (2013). Diarios en guerra o ¿guerra de diarios?: la prensa gráfica bahiense en 1975. En M. Cernadas y P. Orbe (Eds.), *Itinerarios de la prensa: cultura política y representaciones en Bahía Blanca durante el siglo XX* (pp. 273-315). Bahía Blanca, Argentina: Editorial de la Universidad Nacional del Sur.

Osuna, M. y Pontoriero, E. (2020). El impacto de la Doctrina “de la Seguridad Nacional” en argentina durante la Guerra Fría (1955-1983). *Izquierdas*, 49, 352-364. Recuperado de [http://www.izquierdas.cl/images/pdf/2020/n49/art21\\_352\\_364.pdf](http://www.izquierdas.cl/images/pdf/2020/n49/art21_352_364.pdf)

Pontoriero, E. (2016). De la guerra (contrainsurgente): la formación de la doctrina antsubversiva del Ejército argentino (1955-1976). En G. Águila, S. Garaño y P. Scatizza (Comps.), *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina. Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado* (pp. 44-68). La Plata, Argentina: Universidad Nacional de La Plata.

Pontoriero, E. (2018). La seguridad interna como campo de batalla de la “guerra revolucionaria”: contrainsurgencia y defensa nacional en los ámbitos político y militar en Argentina (1963-1970). *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio*

Ravignani”, 48 (3), 84-120. Recuperado de [http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/ravignani/article/view/12073/pdf\\_1](http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/ravignani/article/view/12073/pdf_1)

Ranaletti, E. (2011). Una aproximación a los fundamentos del terrorismo de Estado en la Argentina: la recepción de la noción de “guerra revolucionaria” en el ámbito castrense local (1954-1962). *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”, 11*, 261-278.

Rodríguez Agüero, L. (2013). Violencia paraestatal y construcción del “enemigo interno”. El caso de Mendoza (Argentina), 1973-1976. *A Contracorriente, 11* (1), 191-218. Recuperado de <https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/>

Sgró Ruata, Candelaria y Guzmán, Víctor (2012). Espacio de lo público y construcción de la amenaza: el caso de las dictaduras en Argentina, Chile y Uruguay. *A Contracorriente, 10* (1), 334-364. Recuperado de <https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/>

Vitale, A. (2015). *¿Cómo pudo suceder? Prensa escrita y golpismo en la argentina (1930-1976)*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

Williams, R. (2001). *Cultura y sociedad. 1780-1950. De Coleridge a Orwell*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.

### Fuentes consultadas

Cristianismo y Revolución (1966) N° 2 y 3. Buenos Aires, Argentina: Signos.

Cura Brochero N° 4 (1972). Buenos Aires, Argentina.

Cura Brochero N° 5 (1973). Buenos Aires, Argentina.

Cura Brochero N° 6 (1973). *Informe sobre La Rioja*. Buenos Aires, Argentina.

Cura Brochero N° 7 (1973). *Documentos Anti-Tercermundistas*. Buenos Aires, Argentina.

Cura Brochero N° 9 (1974). *Manual de la Infiltración Marxista en el Clero*. Buenos Aires, Argentina.

Ejército Argentino (1964). *RC-2-1. Reglamento de conducción para las fuerzas terrestres*.

Buenos Aires, Argentina: Instituto Geográfico Militar.